CARRANQUE DE RIOS

Andrés Carranque de Ríos *es un hombre un tanto fantástico y de aficiones vagabundas. Su ideal sería vivir errante, hoy aquí, mañana allí, sin parar en ningún pueblo o aldea más que unos días o unas horas. Para alguno de sus compañeros, Carranque es un golfante. Yo creo que en tal caso a Carraque se le puede llamar mejor un supergolfante.*

Esta supergolfería lleva ya en sí un carácter de cierta honestidad espiritual. Cuando se alcanza este grado de errantismo y de vagabundez ya no se asombra uno de sí mismo, a estilo de poeta decadente, por haber estado en la taberna, en el cafetín o en el cementerio a la pálida luz de la luna haciendo de bohemio; ya encuentra uno todo esto tan natural y tan poco extraordinario, que no le llama la atención. Lo menos natural para tipos así les parece vivir en su casa y tener una existencia tranquila y metódica. Para estos hombres, marchar por el campo con frío o con lluvia, dormir al pie de un árbol y comer en un banco en compañía de un mendigo es algo agradable y apacible.

Carranque de Ríos ha sido ladrillero y albañil, ebanista y barnizador de muebles, ceramista y fogonero de barco. Nosotros le hemos conocido en un avatar de cineasta. Carranque hacía un tipo sombrío en la película "Zalacaín, el aventurero". Carranque tomaba un aire siniestro. Alto, quijotesco, moreno, con un bigote delgado como trazado con un tiralíneas, se presentaba con un aire de hombre fatal. Carranque y los demás cineastas se llamaban unos a otros los Caimanes. No sé a punto fijo el matiz exacto que tenía esta palabra entre ellos. Nada menos fatal, menos siniestro que Carranque; pero a Carranque le gusta presumir de hombre avieso. Cuando actuó de anarquista a raíz de la muerte de Dato, firmó un manifiesto terrible en el que preconizaba el atentado personal. Por este manifiesto Carranque fué preso y pasó varios meses en la cárcel.

Carranque no es un hombre implacable ni capaz de ningún atentado. No le hemos encontrado implacable más que en la fonda de Behovia cuando, en compañía de otros peliculeros y peliculeras, se dedicaba al salmón

y a la lubina y cuando con unos ternos fastuosos y una camisa de color de cuello abierto lanzaba en la carretera miradas fulminantes a las bellezas que en sus automóviles de lujo pasaban de España a Francia y de Francia a España.

Carranque, cansado del cine y de sus bambalinas de cartón, entra con este libro en la literatura, y entra con garbo y con prestancia.

(Prólogo a *Uno,* su primera novela.)



PÍO BAROJA